

CANTO XIV

ODISEO EN LA MAJADA DE EUMEO

Entonces él se puso en camino desde el puerto a través de un sendero escarpado en lugar boscoso por las cumbres, hacia donde Atenea le había manifestado que encontraría al divino porquero, el que cuidaba de su hacienda más que los demás siervos que el divino Odiseo había adquirido. Y lo encontró sentado en el pórtico, donde tenía edificada una elevada cuadra, hermosa y grande, aislada, en lugar abierto. El porquero mismo la había edificado para los cerdos de su soberano ausente, lejos de su dueña y del anciano Laertes, con piedras de cantera, y lo había coronado de espino; tendió fuera una empalizada completa, espesa y cerrada, sacando estacas de lo negro de una encina.

Dentro de la cuadra había construido doce pocilgas, unas junto a otras, para encamar a las cerdas, y en cada una se encerraban cincuenta cerdas, todas hembras que habían ya parido. Los cerdos dormían fuera y eran muy inferiores en número, pues los habían diezmado los divinos pretendientes con sus banquetes: el porquero les enviaba cada vez el mejor de sus robustos cebones, trescientos sesenta en total.

También dormían a su lado cuatro perros, semejantes a fieras, que alimentaba el porquero, caudillo de hombres.

Este andaba entonces sujetando a sus pies unas sandalias después de cortar una moteada piel de buey. Los demás porqueros, tres en total, habían marchado cada uno por su lado con los cerdos en manada; al cuarto lo había enviado Eumeo a la fuerza a la ciudad para que llevara un cebón a los soberbios pretendientes a fin de que lo sacrificaran y saciaran con la carne su apetito.

De pronto los perros de incesantes ladridos vieron a Odiseo y corrieron hacia él ladrando. Entonces Odiseo se sentó astutamente y el cayado se le escapó de las manos.

Allí, sin duda, en su propia cuadra habría sufrido un dolor vergonzoso, pero el porquero, siguiéndolos con veloces pies, se lanzó a través del portico -la piel cayó de sus manos- y a grandes voces dispersó a los perros en varias direcciones con una espesa pedrea. Y se dirigió al soberano:

«Anciano, por poco te han despedazado los perros en un instante y quizá me habrías culpado a mí. También a mí me han dado los dioses dolores y lamentos, pues sentado lloro a mi divino soberano y cebo cerdos para que se los coman otros. En cambio, él andará errante por pueblos y ciudades extranjeras mendigando comida -si es que vive aún y contempla la luz del sol.

«Pero sígueme, vayamos a mi cabaña, anciano, para que también tú sacies el apetito de comer y beber y me digas de dónde eres y cuántas penas has tenido que sufrir.»

Así diciendo, lo condujo a su cabaña el divino porquero; le hizo entrar y sentarse, extendió maleza espesa y encima tendió la piel de una hirsuta cabra salvaje, su propia yacija, grande y peluda. Alegróse Odiseo porque lo había recibido así y le dijo su palabra llamándolo por su nombre:

«Forastero, ¡que Zeus y los demás dioses inmortales te concedan lo que más vivamente desees, ya que me has acogido con bondad!»

Y tú le contestaste, porquero Eumeo, diciendo:

«Forastero, no es santo deshonrar a un extraño, ni aunque viniera uno más miserable que tú, que de Zeus son los forasteros y mendigos todos. Nuestros dones son pequeños, pero amistosos, pues la naturaleza de los siervos es tener siempre miedo cuando dominan nuevos soberanos. En verdad, los dioses han impedido el regreso de quien me

habría estimado gentilmente y otorgado cuanto un dueño bondadoso suele conceder a su siervo -una casa, un lote de tierra y una esposa solicitada-, cuando éste se esfuerza por él y un dios hace prosperar sus labores, como está haciendo prosperar el trabajo en el que yo me mantengo activo. Por esto me habría beneficiado mucho mi soberano si hubiera envejecido aquí, pero ha muerto -¡así pereciera por completo la raza de Helena, pues aflojó las rodillas de muchos hombres!-, pues también mi soberano marchó por causa del honor de Agamenón a Ilión, de buenos potros, para combatir a los troyanos.»

Hablando así, sujetó enseguida su túnica con el ceñidor y se puso en camino de las pocilgas donde tenía encerradas las manadas de cochinitos. Tomó dos de allí y los sacrificó, quemó, troceó y atravesó con asadores. Y, después de asar todos, se los ofreció a Odiseo calientes en sus mismos asadores -y extendió blanca harina. Después mezcló vino agradable como la miel en su cuenco y se sentó enfrente, y animándole decía:

«Come ahora, forastero, lo que es dado comer a los siervos, cochinito, que de los cebones se encargan los pretendientes, sin miedo a la venganza divina ni compasión. No aman los dioses felices las acciones impías, sino que honran la justicia y las obras discretas de los hombres. Es cierto que son enemigos y hostiles quienes invaden una tierra ajena, por más que Zeus les conceda el botín, pero cuando vuelven repletos a las naves para regresar a su patria, incluso a éstos les sobreviene un pesado temor a la venganza divina. Sin duda, los pretendientes deben conocer -porque quizá hayan oído la palabra de algún dios- la triste muerte de Odiseo, pues no quieren cortejar con justicia ni volver a sus posesiones, y con gusto devoran entre excesos la hacienda, despreocupadamente. Todas las noches y días que nos manda Zeus sacrifican víctimas, no sólo una ni sólo dos ovejas; y el vino... lo consumen a cántaros, sin medida. Y es que la fortuna de Odiseo era inmensa; ninguno de los héroes del oscuro continente ni de la misma Itaca poseía tanta. Ni veinte hombres juntos tienen tanta abundancia. Te voy a echar la cuenta: doce rebaños en el continente, otros tantos de ovejas, otros tantos de cerdos y cabras apacientan para él pastores asalariados y sus propios pastores. Aquí se alimentan en total once numerosos rebaños de cabras en el extremo de la isla, pues se las vigilan hombres de bien. Todos los días, sin excepción, cada uno de éstos lleva a los pretendientes un animal, la mejor de sus gordas cabras. Y yo vigilo y protejo estos cerdos y les hago llegar el mejor de ellos, eligiéndolo bien. »

Así habló mientras Odiseo comía la carne y bebía el vino con voracidad, en silencio. Y estaba sembrando la desgracia para los pretendientes.

Cuando acabó de almorzar y saciar su apetito con la comida, le entregó Eumeo un cuenco repleto de vino en el que solía él beber. Aquél lo recibió y se alegró en su interior y, hablando, le dijo aladas palabras:

«Amigo, ¿quién te compró con sus bienes, tan rico y poderoso como dices? Aseguras que ha perecido por causa del honor de Agamenón; dime su nombre por si lo conozco ¡siendo como es! Seguro que Zeus y los demás dioses inmortales saben si te puedo hablar de él porque lo haya visto, pues he vagado mucho.»

Y le contestó el porquero, caudillo de hombres:

«Anciano, ningún caminante que viniera con noticias de él lograría persuadir a su esposa y querido hijo, que los vagabundos suelen mentir por mor del sustento y no gustan de decir verdad. Todo caminante que llega al pueblo de Itaca se llega a mi dueña para decirle mentiras. Claro que ella lo acoge con amor y le pregunta detalladamente, y las lágrimas se deslizan de sus mejillas lamentándose por él, como es propio de mujer que ha perdido a su marido en tierra extraña.

«Puede que tú también, anciano, inventes cualquier cuento con tal de que alguien te regale una túnica y un manto. Pero seguro que los perros y las veloces aves están tratando de arrancar la piel de sus huesos y su alma le ha abandonado, o puede que lo hayan devorado los peces en el mar y sus huesos anden tirados por tierra, revueltos entre la arena. Así es como ha muerto él, y a todos los suyos, y sobre todo a mí, sólo nos queda tristeza para el futuro. Que no podré nunca encontrar a un soberano tan bueno adonde quiera que vaya, ni aunque vuelva a casa de mi padre y mi madre, donde un día nací y ellos me criaron. Y es que no es tan grande mi dolor por ellos -aunque mucho deseo verlos en mi tierra patria- como es la añoranza que me ha invadido por Odiseo ausente. No me atrevo, forastero, a nombrarlo incluso ausente -¡tanto me estimaba y se preocupaba por mí!-, pero lo llamo amigo aunque se encuentre lejos.»

Y le contestó el sufridor, el divino Odiseo:

«Amigo, puesto que lo niegas por completo y crees que nunca volverá, tu corazón anda ya sin esperanza. Pero yo lo voy a decir -y no a tontas, sino con jurameto- que Odiseo viene de camino hacia acá. Este será el don por mi buena nueva cuando haya llegado él: vestidme con un manto y una túnica hermosas; no antes, pues no te aceptaría por más necesitado que estuviera. Que para mí es más odioso que las puertas de Hades el que por ceder a su pobreza cuenta mentiras. Sea testigo Zeus antes que ningún otro dios y la mesa de hospitalidad y el hogar del irreprochable Odiseo al que acabo de llegar. En verdad todo esto se cumplirá tal como anuncio: dentro de este mismo año llegará Odiseo; cuando acabe este mes y entre otro, volverá a casa y hará pagar a cuantos deshonran a su esposa a ilustre hijo.»

Y contestando le dijiste, porquero Eumeo:

«Anciano, no te voy a conceder ese don por tu buena nueva ni va a regresar ya Odiseo a casa, pero bebe gustoso y volvamos nuestros recuerdos a otro lado; no me traigas esto a la memoria, que mi ánimo se llena de dolor cada vez que alguien me recuerda a mi fiel soberano.

«Dejemos, pues, el juramento, aunque ¡ojalá vuelva Odiséo! como quiero yo y quieren Penélope, el anciano Laertes y Telémaco, semejante a los dioses. También ahora me lamento sin consuelo por el hijo que engendró Odiseo, por Telémaco. Cuando los dioses lo criaron semejante a un retoño, ya decía yo que no sería en nada inferior, entre los hombres, a su querido padre, admirable en cuerpo y aspecto; pero alguno de los inmortales -o quizá de los hombres- debe haberle dañado la bien equilibrada mente, pues ha marchado a la divina Pilos en busca de noticias de su padre, y los ilustres pretendientes lo acechan al volver a casa para que desaparezca sin gloria de Itaca la progenie del divino Arcisio. Pero dejemos a éste, ya sea sorprendido, ya escape porque el Cronida tienda su mano sobre él.

«Vamos, cuéntame ahora, anciano, tus propias desgracias y dime con verdad para que yo lo sepa: ¿quién y de dónde eres entre los hombres? Dónde se encuentran tu ciudad y tus padres? ¿En qué barco has llegado? ¿Cómo te han traído hasta Itaca los marineros y quiénes se preciaban de ser? Porque no creo que hayas llegado aquí a pie».

Y contestándole dijo el muy astuto Odiseo: .

«En verdad, te voy a contestar con exactitud. Ni aunque tuviéramos por mucho tiempo comida y dulce bebida para celebrar un festín dentro de tu cabaña -mientras los demás continúan su labor- podría yo fácilmente, ni siquiera en un año entero, acabar la narración de cuantas penalidades ha soportado mi ánimo por voluntad de los dioses. Mi raza procede de Creta -lo digo bien alto- y soy hijo de un hombre rico. Numerosos hijos legítimos nacieron de su esposa en el palacio y fueron criados, pero a mí me parió una madre comprada, una concubina, aunque mi padre, Cástor Hilacida, de cuya rata me

precio de ser, me estimaba igual que a sus legítimos. Como un dios era venerado éste en el pueblo de Creta por su abundancia, riqueza y vigorosos hijos. Pero las Keres de la muerte se lo llevaron a las moradas de Hades y sus magnánimos hijos sortearon la hacienda y se la repartieron, entregándome a mí una nonada y una casa. Caséme con mujer de casa rica por mis muchas virtudes, que no era yo inútil ni temeroso de luchar. Pero ya se ha acabado todo, aunque viendo la caña seca te darás cuenta, pues un gran infortunio me abruma.

«En verdad, Ares y Atenea me concedieron audacia y hombría. Cada vez que elegía para el combate a hombres sobresalientes, sembrando desgracias para el enemigo, jamás mi valeroso corazón puso los ojos en la muerte, sino que, saltando el primero, solía matar con mi lanza a cuantos enemigos no se igualaran a mis pies. Así era yo en el combate.

«En cambio, no me agradaba la labor ni el cuidado de la hacienda que suele criar hijos brillantes: siempre me gustaron las naves remeras, los combates, los bien torneados venablos y las flechas, cosas funestas que suelen causar espanto en los demás. Sin embargo, la divinidad puso en mi alma estos intereses, que cada hombre se complace en un trabajo. Antes de que los hijos de los aqueos desembarcaran en Troya, ya me había puesto nueve veces al frente de hombres y naves de veloces proas contra gentes de otras tierras. Y conseguía mucho botín, del que elegía lo mejor, y también me tocaba mucho en suerte. Así que rápidamente prosperó mi casa y me convertí en un hombre temido y respetado en Creta.

«Pero cuando Zeus, que ve a lo ancho, dispuso la luctuosa expedición que iba a aflojar las rodillas de muchos hombres, nos dieron órdenes a mí y al ilustre Idomeneo de capitanear las naves que marchaban a Ilión. No había medio de negarse, nos lo impedían las duras habladurías del pueblo. Allí combatimos nueve años los hijos de los aqueos, pero al décimo destruimos la ciudad de Príamo y volvimos a casa en las naves; y un dios dispersó a los aqueos. Entonces fue cuando el providente Zeus meditó desgracias contra mí, miserable. Había permanecido sólo un mes complaciéndome con mis hijos y legítima esposa, cuando mi ánimo me impulsó a hacer una expedición a Egipto después de equipar bien mis naves en compañía de mis divinos compañeros.

«Equipé nueve naves y enseguida se congregó la dotación. Durante seis días comieron en mi casa mis leales compañeros; les ofrecí numerosas víctimas para que las sacrificaran en honor de los dioses y prepararan comida para sí. Conque el séptimo día zarpamos tranquilamente de la extensa Creta impulsados por un Bóreas fresco, agradable, como si navegáramos por una corriente. Ninguna nave se me dañó, nosotros estábamos sanos y salvos, y a las naves las dirigían el viento y los pilotos.

«A los cinco días llegamos al Egipto de buena corriente y atraqué mis bien equilibradas naves en este río. Entonces ordené a mis leales compañeros que se quedaran junto a ellas para vigilarlas y envié espías a lugares de observación con orden de que regresaran, pero éstos, cediendo a su ambición y dejándose arrastrar por sus impulsos, saquearon los hermosos campos de los egipcios, se llevaron a las mujeres y niños y mataron a los hombres. Pronto llegó el griterío a la ciudad, así que al escucharlo se presentaron al despuntar la aurora. Llenóse la llanura toda de gentes de pie y a caballo y del estruendo del bronce. Zeus, el que goza con el rayo, indujo a mis compañeros a huir cobardemente y ninguno se atrevió a dar el pecho. Por todas partes nos rodeaba la destrucción; allí mataron con agudo bronce a muchos de mis compañeros y a otros se los llevaron vivos para forzarlos a trabajar sus campos.

«Entonces Zeus puso en mi mente el siguiente plan (¡ojalá hubiera muerto saliendo al encuentro de mi destino allí en Egipto, pues todavía me tenía que tender sus brazos la

desgracia!): al punto quité de mi cabeza el bien trabajado yelmo y de mis hombros el escudo y arrojé de mi brazo la lanza. Lleguéme frente al carro del rey y besé sus rodillas. Él me protegió y se compadeció de mí y, sentándome en su carro, me condujo a su palacio con lágrimas en mis ojos. Cierto que muchos trataron de acosarme con sus lamas deseando matarme -pues estaban muy enfurecidos-, pero el rey me protegió por temor a la cólera de Zeus Hospitalario, el que se irrita sobremanera por las obras malvadas.

«Allí mé quedé siete años y conseguí reunir mucha riqueza entre los egipcios pues todos me regalaban. Pero cuando se acercó el octavo año cumpliendo su ciclo llegó un hombre fenicio conocedor de mentiras, un laña que ya había causado perjuicios a muchos hombres. Éste me convenció para marchar a Fenicia, donde tenía su casa y posesiones. Allí permanecí durante un año completo junto a él, pero cuando pasaron meses y días en el ciclo del año y pasaron las estaciones me envió a Libia en una nave surcadora del ponto, tramando falacias para que llevara con él una mercancía, pero en realidad con intención de venderme y cobrar inmensa fortuna. Le seguía en la nave a la fuerza pues ya barruntaba yo algo. Ésta corría impulsada por un Bóreas fresco, agradable, a la altura del centro de Creta. Y Zeus nos preparaba la perdición.

«Cuando por fin dejamos atrás Creta y no se veía tierra alguna, sino sólo cielo y mar, el Cronida puso una oscura nube sobre la cóncava nave y bajo ella se oscureció el ponto. Y Zeus comenzó a tronar al tiempo que lanzaba un rayo contra la nave. Y esta se revolvió toda sacudida por el rayo de Zeus y se llenó de azufre. Todos cayeron fuera de la nave y, semejantes a las cornejas marinas eran arrastrados por las olas en torno a la nave. Dios les había arrebatado el regreso. En cuanto a mí..., afligido como estaba, el mismo Zeus puso entre mis manos el mástil gigantesco de la nave de azuloscuro proa para que escapara una vez más de la perdición. Así que, trabado al mástil, me dejaba llevar de los funestos vientos. Durante nueve días me dejé llevar y al décimo una gran ola rodante me acercó -era noche cerrada- a la tierra de los tesprotos, donde me acogió sin pagar precio el héroe Fidón, el rey de los tesprotos.

«Acercóseme su hijo cuando ya estaba yo agotado por la imtemperie y el cansancio y me llevó a casa sosteniéndome en su brazo hasta que llegó al palacio de su padre, donde me vistió de manto y túnica.

«Allí fue donde supe de Odiseo, pues el rey me dijo que estaba hospedándolo y agasajándolo a punto de volver a su tierra patria. Además, me mostró cuantas riquezas había conseguido Odiseo reunir -bronce y oro y bien trabajado hierro. En verdad, podrían éstas alimentar a otro hombre hasta la décima generación: ¡tantos tesoros tenía depositados en el palacio del rey! Me dijo que Odiseo había marchado a Dodona para escuchar la voluntad de Zeus, el que habla desde la divina encina de elevada copa, para enterarse si debía volver a las claras u ocultamente al próspero pueblo de Itaca, después de tantos años de ausencia. Y juró ante mí, mientras hacía una libación en su palacio, que ya tenía dispuesta una nave y compañeros que lo escoltarían hasta su tierra patria. Pero a mí me despidió antes, pues resultó que una nave de tesprotos estaba a punto de zarpar hacia Duliquia, rica en grano. Les ordenó que me enviaran gentilmente al rey Acasto, pero les agradó más una malvada decisión sobre mi persona, para que aún estuviera más cerca de la perdición. Así que cuando la nave surcadora del ponto se había alejado bastante de tierra urdieron contra mí la esclavitud; me despojaron de túnica y manto y echaron sobre mí miserables andrajos y una mala túnica rasgada, lo que estás viendo ahora con tus ojos.

«Llegaron al atardecer a los campos de Itaca, hermosa al atardecer. Una vez allí, me ataron fuertemente a la nave de buenos bancos con un bien torneado cable y

descendiendo precipitadamente a la ribera del mar se dispusieron a cenar. Pero los mismos dioses, sin duda, aflojaron mis ligaduras fácilmente. Cubrí mi cabeza con los andrajos y, deslizándome por el pulido timón hasta dar de pechos en el mar, comencé a nadar con ambos brazos como si fueran remos, y pronto estuve fuera de su alcance. Salí del agua por donde hay un bosque de verdeantes encinas y caí desplomado. Los tesprotos me buscaron aquí y allá, dando grandes gritos, pero como no les interesara molestarse más, embarcaron de nuevo en su cóncava nave. Conque han sido los dioses mismos los que me han ocultado fácilmente y me han hecho llegar al establo de un hombre prudente, pues mi destino es que viva aún.»

Y tú le contestaste, porquero Eumeo, diciendo:

«Ay, desdichado forastero, de verdad que has conmovido mi ánimo al contarme detalladamente tus sufrimientos y vagabundeos, pero no creo que sean razonables tus palabras y no vas a convencerme de cuanto has dicho sobre Odiseo. ¿Por qué tienes que mentir en vano siendo como eres? Yo mismo reconozco el regreso de mi soberano; muy odioso debió de hacerse a los ojos de todos los dioses cuando no lo dejaron morir entre los troyanos ni en brazos de los suyos, una vez que hubo concluido la guerra. Entonces le habría construido una tumba el ejército panaqueo y habría él cobrado gran fama para su hijo, pero ahora se lo han llevado las Harpías sin gloria alguna. Así que yo ando solitario entre mis cerdos y no me acerco a la ciudad, si no me ordena ir la prudente Penélope cuando llega alguna noticia. Entonces todos se sientan a preguntar detalles, tanto los que sienten dolor por la larga ausencia de su soberano como los que se alegran consumiendo su hacienda sin pagar. Pero a mí no me agrada ir allá a preguntar desde que me engañó con sus palabras un etolio que llegó a mi casa, vagabundo de muchas tierras, tras haber dado muerte a un hombre. Yo le agasajé y él me aseguró que lo había visto en casa de Idomeneo, en Creta, reparando las naves que le habían quebrado los vendavales. También me aseguró que volvería para el verano o el otoño con muchas riquezas en compañía de sus divinos compañeros.

«Conque no me halagues con mentiras ni trates de encantarme también tú, anciano sufridor, una vez que la divinidad lo ha traído junto a mí. Si lo respeto y agasajo no es por eso, sino por veneración a Zeus Hospitalario y por compasión hacia ti.»

Y le contestó y dijo el muy astuto Odiseo:

De verdad que tienes un ánimo desconfiado cuando no consigo persuadirte y no logro convencerte ni siquiera con juramento.

«Pero, vamos, hagamos un pacto y que sean testigos los dioses que poseen el Olimpo: si vuelve tu soberano a esta casa, vísteme con manto y túnica y envíame a Duliquio, donde place a mi ánimo; pero si no vuelve tu soberano, como afirmo, ordena a las esclavas que me despeñen desde una gran roca para que todo mendigo se guarde de mentir.»

Y le contestó y dijo el divino porquero:

«Forastero, ¡había yo de tener a los ojos de los hombres buena fama y virtud ahora y para siempre, si después de introducirte en mi cabaña y darte dones de hospitalidad te matara y arrebatará la vida! ¡Con buenos sentimientos iba yo después a dirigir mis plegarias a Zeus Cronida!

«Pero ya es hora de cenar; pronto tendré dentro a mis compañeros para preparar en la cabaña sabrosa comida.»

Esto se decían uno a otro, cuando se acercaron cerdos y porqueros. Los encerraron para que se acostaran por grupos y se levantó un inenarrable estruendo de cerdas acomodándose en las pocilgas.

Después, el divino porquero daba estas órdenes a sus compañeros:

«Traed el mejor cerdo para que se lo sacrifique al forastero de lejanas tierras, que también nosotros tendremos parte, los que ya llevamos tiempo soportando miserias por culpa de los cerdos de blancos dientes, pues otros se comen nuestro esfuerzo sin pagarlo.»

Así diciendo, partió leña con su implacable bronce y ellos metieron un cerdo bien gordo de cinco años, poniéndole junto al hogar. Y el porquero no se olvidó de los inmortales, pues estaba dotado de noble corazón. Así que arrojó al fuego, como primicias, unos pelos de la cabeza del cerdo de blancos dientes y oró a todos los dioses para que volviera el prudente Odiseo a casa.

Luego levantó el cerdo y lo golpeó con una rama de encina que había dejado al hacer leña. Y el alma abandonó a éste. Así que lo degollaron, chamuscaron y trocearon, y el porquero envolvió los trozos en gorda grasa, miembro por miembro, y arrojó algunos al fuego rebozándolos en harina de cebada; después los partieron y atravesaron con pinchos, los asaron con cuidado y sacaron y pusieron sobre la mesa de trinchar. Levantóse el porquero para distribuirlos -pues su corazón conocía la equidad- y dividió todo en siete partes: una la ofreció, al tiempo que oraba, a las Ninfas y a Hermes, el hijo de Maya, y las demás las distribuyó a cada uno. Odiseo recibió contento con el alargado lomo del cerdo de blancos dientes, pues éste fortaleció el ánimo del soberano, y dirigiéndose a Eumeo dijo el prudente Odiseo:

«¡Ojalá, Eumeo, seas tan querido al padre Zeus como lo eres de mí, pues, siendo como soy, me has distinguido con tus bienes.»

Y tú le contestaste, porquero Eumeo, diciendo:

«Come, desdichado forastero, y alégrate con todo lo que tienes a tu alcance, que dios te dará unas cosas y otras las dejará pasar, según le cumpla a su ánimo, pues lo puede todo.»

Así diciendo, ofreció las primicias a los dioses que han nacido para siempre y, luego de libar, puso rojo vino en manos de Odiseo, el destructor de ciudades, que se hallaba sentado junto a su porción.

También les repartió pan Mesaulio, a quien había adquirido el porquero mismo, una vez que se hubo ausentado su soberano y se quedó sólo, lejos de su dueña y del anciano Laertes. Se lo había comprado a los tafios con su propio dinero.

Y ellos echaron mano de los alimentos que tenían delante y, cuando hubieron arrojado de sí el deseo de comer y beber, les retiró Mesaulio el pan y se dispusieron a ir al lecho, saciados de pan y carne.

Y llegó una noche desapacible, noche sin luna, que Zeus estuvo lloviendo toda ella, pues soplaba un fuerte Céfito que siempre trae lluvia. Entonces se dirigió Odiseo a ellos para poner a prueba al porquero, por ver si se quitaba el manto y se lo entregaba o incitaba a uno de sus compañeros, ya que tanto se preocupaba de él:

«Escuchadme ahora, Eumeo y todos vosotros, compañeros; os voy a decir mi palabra con una súplica, pues me ha impulsado el perturbador vino, el que hace cantar y reír suavemente incluso al más prudente, el que induce a danzar y hace soltar palabras que estarían mejor no dichas. Pero ya que he empezado a hablar, no voy a ocultároslo. ¡Ojalá fuera yo joven y mi vigor no estuviera trabado como cuando marchamos a poner una emboscada junto a Troya! Iban como jefes Odiseo y el Atrida Menelao y junto a ellos mandaba yo como tercero, pues ellos me lo ordenaron. Cuando ya habíamos llegado a la empinada muralla de la ciudad nos apostamos entre espesos espinos, en un cañaveral bajo nuestras armas y se nos vino una noche desapacible, glacial, pues caía el Bóreas. Así que se nos vino de arriba una nieve helada, como escarcha, y el hielo se condensaba en nuestros escudos. Todos tenían mantos y túnicas y dormían apaciblemente cubriendo sus hombros con los escudos, pero yo había dejado al marchar

mi manto a unos compañeros por imprevisión, pues no creía que iría a tener frío en absoluto; así que había partido sólo con mi escudo y una escarcela brillante. Cuando ya estaba terciada la noche y los astros declinaban, me dirigí a Odiseo, que estaba a mi lado, tocándolo con mi codo -y él enseguida prestó oídos "Laertiada de linaje divino, Odiseo rico en ardidés, ya no me contaré más entre los vivos pues me está doblegando el temporal, que no tengo manto. Un dios me ha engañado para que viniera con una sola túnica y ahora ya no hay escape posible."

«Así dije y él enseguida echó mano a esta treta -¡cómo era el hombre para decidir y combatir!- y hablando en voz baja me dijo su palabra: "Calla, no te oiga alguno de los aqueos." Así diciendo se apoyó sobre el codo y levantando la cabeza dijo su palabra: "Escuchadme, los míos: acaba de venirme un sueño divino mientras dormía. Nos hemos alejado demasiado de las naves, que vaya alguien a decir al Atrida Agamenón, pastor de su pueblo, si ordena que vengan más hombres desde las naves." Así dijo y enseguida se levantó Toante, hijo de Andremón, y dejando su rojo manto echó a correr hacia las naves. Así que yo me acosté con alegría envuelto en su manto y se mostró Eos de trono de oro. ¡Ojalá fuera yo joven y mi vigor no estuviera trabado, pues quizá alguno de los porqueros me daría un manto en esta cuadra tanto por amor como por respeto a un hombre valeroso!, que ahora me desprecian por tener mala ropa sobre mi cuerpo.»

Y tú le contestaste, porquero Eumeo, diciendo:

«Anciano es una irreprochable historia la que has contado y no creo que hayas dicho palabra inútil, fuera de lugar. Por eso no vas a carecer de vestido ni de cosa alguna de la que está bien que tengan los desdichados suplicantes que nos salen al encuentro; pero cuando amanezca sacudirás tus andrajos, pues no hay aquí muchos mantos ni túnicas de recambio para cubrirse, que cada hombre tiene sólo uno. Mas cuando venga el querido hijo de Odiseo, él te dará un manto y una túnica y te enviará a donde tu corazón lo empuje.»

Así diciendo, se levantó y le tendió un camastro cerca del fuego y le puso encima pieles de ovejas y cabras.

Echóse allí Odiseo y sobre él arrojó Eumeo un manto grueso y grande que tenía de repuesto para cuando se levantara terrible temporal.

Así que allí se acostó Odiseo, y los jóvenes a su lado. Pero al porquero no le gustaba dormir lejos de la piara, por lo que se aprestó a salir -y Odiseo se alegró por lo mucho que se cuidaba de su hacienda, aunque él estaba lejos. Primero se echó a los fuertes hombros la aguda espada y luego se vistió un grueso manto que le protegiera del viento; tomó la piel de un cabrón bien gordo y un agudo venablo que le protegiera de perros y hombres; y se puso en camino, deseando dormir, hacia el lugar donde dormían los machos, bajo una cóncava roca, al abrigo del Bóreas.